



Alegoría del Mediterráneo.

Mario con mucho esfuerzo logra sentarse en el lateral de la cama. Los pies descalzos en el suelo frío, le gusta, se siente vivo. Encorvado, parece protegerse y sigue así un buen rato. No sabe qué día es, ni la hora, hace mucho que perdió esa capacidad, el tiempo no se diferencia a lo largo de los días. Nota un hormigueo en los pies, se le duermen. “La azúcar”, qué mala, la azúcar que sin piedad lo dejó a oscuras. Busca a tientas la garrota, palpa a los lados, estira el brazo. ¡Allí está! Reconoce la empuñadura rugosa, las marcas del fuego en la madera. La garrota, en la que, como él, se apoyaba su padre Mario, y su abuelo, Mario también. Le vienen a la memoria aquellos días: el mar, la barca de su abuelo, su muerte. Ahora

mismo lo recuerda como si fuera ayer. El mar se lo tragó. Su mar Mediterráneo, el mar de su Sitges. Mario ahora con la espalda curvada está enfrascado en sus memorias de sal.

Se abre la puerta. Silvia, su cuidadora, canta. Mario escucha e intenta entender qué dice, no, no lo consigue. *Mi arma ¿hoy me esperas sentado?*, dice. Mario hoy, frágil y alerta, recuerda aquel olor a jazmín y a mar, el perfume de su musa. Silvia se acerca, le coge por las dos axilas, un, dos, tres... arriba... y ya se pone en pie. Silvia le da la garrota y lo coge del brazo izquierdo. Pasito a pasito, como cada día, lo sitúa en la ducha. Lo sienta con mucho cuidado. Mario siente miedo. Ay, Ay, va diciendo. No te preocupes que no te caes, siéntate, apoya el culo cuando notes el banco... el cuerpo de Mario huele a salitre, a algas podridas, ¿el olor del miedo?... Silvia le desnuda con destreza. El mismo ritual de siempre: primero la chaqueta del pijama hasta llegar a los calzoncillos y por último el pañal de la noche, empapado. Mario siente pudor y vergüenza, ¡cómo se tiene que ver! Silvia con mucha delicadeza le enjabona. El anciano tiene ahora aroma a jazmín, a mar, a su musa, a ELLA, ese aroma le acerca a su Alegoría del Mediterráneo, el amor de su vida.

Cae el agua tibia sobre su cuerpo débil y ajado... como en aquellos días de lluvia, cuando regresaba al puerto tras una noche de pesca al amanecer... Puede ver y casi tocar el pescado fresco, su niñez, la alegría. Corría el año 1898. Tendría menos de diez años. El pasado lejano se almacenó en su baúl más antiguo, fugaces destellos le vienen a la mente. Se ve embarcando en el Malecón de la Habana y regresando a Sitges... el mar Mediterráneo, tan igual y tan distinto al del Caribe, aire de coco, mango, malvasía, a

puerto de mar...

Silvia tararea de nuevo aquella canción que le enseñó Mario hace muchos años, cuando aún podía hacerlo, *baixan a la font del gat*... él no consigue recordarla, pero hay algo familiar... y el jazmín, la sal fresca, el mar, su Mediterráneo...asoman lágrimas a sus ojos ciegos.

Entonces él estira los brazos, abre las manos, intentando saber dónde está. Palpa la cintura de Silvia y se tranquiliza. No está solo. Pregunta: ¿Y esta es mi casa?, ¿y tú vives aquí conmigo? ¿Yo no vivo solo? ¿Y tú de dónde dices que eres?

Silvia vuelve a explicarle lo que le repite tantas veces al día, que es del sur, es andaluza, de Jaén, y le canta: *andaluces de Jaén aceituneros altivos*, con el mismo deje que lo interpreta Jarcha. Y de nuevo, otra vez más, que ésta es su casa, una casa frente al mar. ¿Sí?, interrumpe Mario, como si no lo creyera, intentando recordar y ella con paciencia prosigue su retahíla con su adorable acento andaluz.

Mientras le describe la casa, lo viste con cuidado, una camisa limpia, blanca impoluta, recién planchada como al anciano le ha gustado siempre, muda completa. Y el pañal seco y suave... Pantalones de lino, fresquitos. En una semana Sant Bartomeu, la fiesta mayor... Otra fiesta mayor...

Silvia lo mira con cariño, ambos están solos, distintas soledades, pero la soledad tiene igual color: a soledad. Ella piensa ahora qué será de ella cuando Mario falte, ya le salieron las primeras canas en esa casa. Mira hacia el ventanal del *Pati Blau*. La casa queda en silencio por un momento, como si hubiera pasado un ángel...casi se le olvida a Silvia pasarle el peine, que tanto le gusta a él.

Le pasea el cepillo de púas para masaje entre las ondas de cabello blanco. Mario se relaja, como un niño. Silvia le acaricia la cabeza y con las puntas de los dedos le ordena los rizos aún rebeldes... por último, su colonia, la de siempre, su *Varón Dandy*...

Ya estás listo, dice Silvia. Y ese hombre anciano temeroso y a la vez deseoso de la muerte, le coge las manos y se las besa, agradecido. Dios te bendiga, le dice a Silvia.

Enseguida vuelve a preguntar: ¿yo dónde vivo? ¿es mi casa? ¿quién soy? He perdido la memoria, señorita, no me acuerdo. Silvia le mira las manos arrugadas, enjutas como la tez, manchadas por el sol, esas manos que siempre firmes dirigían el cincel que esculpieron en la piedra, en el mármol, la belleza de su musa, ELLA, la Alegoría del Mar, que ahora se aloja en Maricel, tan cerca de allí, y él no lo sabe, nadie lo sabe.

Mientras prepara el café con leche y el pan tostado con aceite, le viene de nuevo a la

cabeza el mismo pensamiento, que hoy está siendo recurrente: qué será de ella sin Mario. La muerte está cerca, se persigna, y reza una especie de oración... Hoy le ve la nariz más afilada, las mejillas más hundidas, los pómulos muy marcados... Le interrumpe su voz lastimera y sale rápido a su encuentro.

¿Estoy solo? ¿Quién vive conmigo? Dios mío ampárame... ¿Qué día es hoy?

El *Eco* está sobre la silla, el del día anterior, Silvia lo recoge y lee en catalán con acento andaluz: *Hoy La cubana presentará Cómeme el coco negro; compañía nacida en Sitges.* ¡Ah, los años 90!, Pacha, ELLA, ron, alegría... aquel Sitges... Él se adentra como un barco en esos recuerdos, como instantáneas en blanco y negro.

Y como si hubiera pasado un ángel de pronto, otra vez el silencio en la casa. El silencio que enmudece recuerdos. Las campanas de la iglesia de Sant Bartomeu le despiertan del breve letargo. El pan tostado con aceite y a café recién hecho... huele a mañana, tal vez a más mañanas.

Que alguien venga, grita Mario... Dios mío ampárame... Son más de 100 años piensa Silvia, se apiada y le dice: *prenda mía...no estás solo.* Mario se calma, siente su hogar, la paz que regresa, a ELLA pero de carne y hueso.

Silvia se coloca de pie frente a Mario, cruza la pierna derecha sobre la izquierda. Mario percibe su presencia, detrás de ella ve el mar, todo lo percibe con tanta intensidad que se queda tranquilo. Mira como si pudiera ver y la ve, a su musa, a ella, a su esposa, Alegoría del Mediterráneo la llamó. Así la inmortalizó, con pechos pequeños y tersos, vientre plano, su sonrisa insinuadora. La recuerda, así desnuda, posando para él y le vienen a la cabeza sus besos tiernos, su amor y se siente cerca de su musa sitgetana. De pronto puede verla, estira las manos para tocarla. Huele a mar, a sal, a olas, a Mediterráneo y se ve así mismo joven y lozano. Y como si de una aparición se tratara, la alegoría erguida, con los pies cruzados sobre el mar de mármol le llama y se ve a sí mismo yendo tras ella, acercándose a Maricel, deslumbrado con su belleza, sus pechos firmes, su vientre cálido y su sonrisa, su musa del mar, su Alegoría del Mediterráneo,

Estoy cansado, le dice a Silvia, pero la he visto, he podido tocarla, ella le sonrío y le sirve otra taza de café. ¿Don Mario, quiere ir a Maricel por la tarde?, hace buen tiempo, o mañana, si prefiere mañana...

A mi madre, que murió ciega y sin recuerdos y a mi padre que con mucha paciencia y mucho amor la acompañó.

